



## CAPÍTULO XVII

### LA DEMOCRACIA EN UN MUNDO CAMBIANTE

Erich Kahler

Todo nuestro mundo, su misma existencia y coherencia, se halla ante un peligro crucial. Sería una tarea desesperada enumerar los incontables errores de innumerables pueblos y los delitos de naciones enteras que se hallan en el origen de esta situación, en lugar de atribuir todos los males a la naturaleza del hombre. Me siento tentado a creer que el actual estado deplorable de la humanidad se deriva —por lo menos en parte, pero decisivamente— de cambiantes circunstancias a las que debemos examinar con detenimiento.

En esta tarea, pienso que podemos elegir con seguridad el caso de los Estados Unidos como representativo, en general, de la etapa más avanzada de la civilización mundial, considerando en especial su tamaño y poderío, y el hecho de haber partido de principios humanitarios y progresistas que incorporaron las esperanzas del mundo moderno.

El concepto de democracia es complejo, y ha cambiado junto con la evolución humana. Pero hay dos distinciones básicas que me parecen significativas para nuestra investigación.

1. La primera atañe a una *diferencia radical entre la democracia antigua y la moderna*. La forma inicial de la democracia explícita, la ateniense, se originó en una estructura oligárquica dentro de una monarquía patriarcal. Abarcaba un número limitado de ciudadanos libres de la *Polis*, que ejercía el gobierno de modo personal y directo. El tiempo de ocio necesario para esta tarea era el resultado de la institución primitiva de la esclavitud. El gobierno, investido en esta élite que estaba compuesta por los nativos, era su prerrogativa y sagrado deber; el gobierno suponía el valor afirmativo de la nobleza. Esta democracia antigua y limitada era una *democracia activa*.

La democracia moderna se desarrolló a partir de la lucha de personas que empezaban a experimentar un sentimiento de identidad e independencia individuales, y que se oponían a la vieja norma opresora de las monarquías feudales y las noblezas privilegiadas. Por consiguiente, era en primer lugar una lucha *contra* el hecho de ser gobernados; el gobierno debía restringirse en la medida de lo posible, limitarse al requisito indispensable de mantener el orden cívico dentro de un adecuado funcionamiento, tarea para la cual debía delegarse autoridad a funcionarios y representantes de una población cada vez más numerosa y dispersa. Los deberes y las limitaciones preventivas del gobierno debían fijarse por *ley*. El gobernador personal y arbitrario debía ser reempla-

zado por las normas impersonales, suprapersonales. Los “derechos del hombre” y las “libertades civiles” fueron establecidas mediante constituciones explícitas, que instituyeron la igualdad de todos los ciudadanos, la “justicia para todos” y la protección de la independencia individual. *Legalidad, igualdad, justicia e independencia* individual son, en consecuencia, los principios elementales de la democracia moderna, que es en primer lugar una *democracia defensiva*.

El desafío y la desconfianza ante el gobierno hallaron expresión en las concepciones originarias del “liberalismo”, el capitalismo, la “libre empresa” y, de modo más específico, la Carta de Derechos de los Estados Unidos. Ella fijó los cimientos de la actitud tradicional de los norteamericanos hacia el gobierno: la protección de la gente contra la indebida “interferencia del gobierno” en las cuestiones privadas y, dentro del gobierno, la protección del Congreso, como cuerpo de representantes del pueblo, contra las intrusiones de la Administración.

Esta actitud iba a articularse más cuando la Administración debía ampliarse para ser burocráticamente más efectiva en su tarea de controlar la vida de una población creciente en circunstancias más complejas, tarea que implica forzosamente una creciente autonomía de departamentos y organismos específicos.

La tendencia a la protección defensiva ante el gobierno es un impedimento para la adaptación a tiempo de las concepciones personales a las condiciones cambiantes. Esta actitud todavía aparece, según estaba destinada a ser originariamente, como una protección contra el autoritarismo. La situación, empero, es más compleja. La resistencia y la creciente incapacidad de las personas para ocuparse del gobierno, a menos que éste toque sus intereses privados, es precisamente lo que ahora puede dar lugar a la tiranía.

2. La segunda distinción es sutil, aunque muy importante de tener en cuenta. Es una distinción entre *forma y espíritu*. Los norteamericanos se inclinan a apoyarse muy confiadamente en las protecciones institucionales de carácter formal. Quieren creer, por ejemplo, que introducir elecciones y parlamentos entre pueblos coloniales liberados —algunos de los cuales viven en forma tribal y han estado sometidos a una cruel explotación y descuido durante siglos— es el modo de imponer entre ellos la democracia. Winston Churchill dio la fórmula para esta creencia en su discurso sobre los sucesos en Grecia pronunciado en 1944:

Mi idea (de la democracia) es que el hombre común, llano y humilde, que mantiene una esposa y una familia (...) que sale a luchar por su país cuando éste se halle en dificultades, que va a los comicios en el momento adecuado y coloca su cruz sobre la papeleta que muestra al candidato que quiere que resulte elegido para el Parlamento, ése es el fundamento de la democracia (...).

Ahora bien, en la actual etapa de la historia, después de las experiencias por las que hemos pasado, esta fórmula no puede parecer sino una simplificación grosera e hipócrita. Sabemos muy bien que se han ideado y apoyado prácticas profundamente antidemocráticas en todas par-



Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.

Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.

tes del mundo bajo el disfraz de los procedimientos constitucionales formales. Tenemos ante nuestros ojos las elecciones fraudulentas que la junta de Vietnam del Sur ha mostrado como representativas del pueblo, para calmar los escrúpulos fácilmente tranquilizables del público norteamericano. Somos testigos de lo sucedido en 1968 en la Convención Democrática de Chicago y los procesos posteriores. Cambios fundamentales en la estructura de la sociedad norteamericana y de las condiciones de su compromiso general han excedido con mucho el alcance de las provisiones constitucionales. Estos cambios han creado grietas y dejado amplios sectores de la vida pública —no protegidos ni siquiera por una tentativa de “ley y orden”— abiertos a prácticas arbitrarias, permitiendo una representación errónea de la letra de la Constitución e ignorando su espíritu.

Aun cuando la letra de la Constitución —v.g., la Primera Enmienda— fuera respetada más fácilmente de lo que lo es, ello no bastaría para garantizar la preservación de la democracia. Ningún documento, aunque sea el más noble y más cuidadosamente redactado, puede proporcionar por sí solo semejante garantía. El único que puede proporcionarla es el espíritu del pueblo, del pueblo que lo ha creado y mantiene en vigor. Y es este mismo espíritu el que me parece amenazado por el cambio en las condiciones de nuestro siglo.

Es útil recordar lo que todos sabemos pero olvidamos fácilmente. Después de la Revolución Norteamericana, la población del país era de alrededor de 3.250.000 personas, de las cuales aproximadamente un tercio no era libre. Sin contar a las mujeres, que tenían un status limitado y no votaban, y a los muchos pobladores de regiones remotas, sólo alrededor de 120.000 norteamericanos podían satisfacer las condiciones religiosas, de propiedad y de otro carácter que se requerían para aspirar a una plena ciudadanía; además, los calificados eran en su mayor parte agricultores, pues las ciudades eran muy pocas todavía. A estas personas estaba destinada la Constitución. Sin duda, las enmiendas posteriores agregaron algunas disposiciones muy importantes, como el derecho a votar de las mujeres y la abolición formal de la esclavitud, entre otras, pero el orden establecido sigue siendo fragmentario y profundamente inadecuado para la situación actual.

En la actualidad, la población de los Estados Unidos ha sobrepasado los 200 millones de personas y crece rápidamente. La industria, la tecnología y la ciencia han dado nueva forma a la estructura y la textura de la sociedad. Una nación de individuos rurales se ha convertido en una nación de masas sobre todo urbanas —y por supuesto megalopolitanas— altamente industrializadas y técnicamente organizadas, e incluso la agricultura es ahora industrializada. La producción mecánica masiva se correlaciona con el consumo masivo estandarizado; las dos cosas se han creado mutuamente y se apoyan una a otra. La ciencia y sus aplicaciones tecnológicas —que se expanden, cambian y se ramifican de modo incesante— se han puesto fuera del control del individuo, han funcionalizado, instrumentalizado, nuestro modo de vida, y las computadoras están en camino de reemplazar a la mente del hombre incluso en el manejo de

las funciones humanas y la toma de decisiones cruciales. *El aparato de la vida sobrepasa a su sustancia.*

La intervención del poder de la publicidad, junto con el desarrollo de los medios masivos de comunicación, ha invalidado la ley de la oferta y la demanda, produciendo una demanda artificial constante; la oferta es así consecuentemente manipulada. La publicidad, en la forma de nuevos métodos de propaganda y persuasión, también ha falseado el proceso democrático. Un candidato que no dispone del dinero necesario para comprar costosos espacios televisivos está condenado. Russell Baker afirmó en *The New York Times* —y no se trata de una broma sino de una aseveración plenamente documentada—:

Como todos deberían saberlo, aunque probablemente no lo saben, los candidatos políticos ya no se eligen. Se venden. En 1966, para citar un caso, el gobernador Rockefeller fue puesto en manos de una agencia de publicidad (Jack Tinker y asociados) entre cuyas cuentas estaba Alka-Seltzer, y el trabajo de esta agencia lo convirtió en un seguro perdedor en el producto más atractivo después de Bufferin.

Además, los medios modernos de comunicación y la comunicación masiva han achicado nuestro mundo, lo han convertido en una unidad estrechamente interdependiente, aunque no unificada, y han acelerado y multiplicado enormemente los sucesos. Todos los días, las noticias de cada hora y sus reacciones producen hechos a cada día, a cada hora. Vivimos en un torbellino constante de sucesos que entorpecen y oscurecen nuestra conciencia. Las fronteras entre la política nacional e internacional se han hecho fluidas.

Cuando buscamos un concepto válido para medir la gran divergencia existente entre la situación prevaleciente y los requerimientos de una democracia humana, de proporciones adecuadas, no encontramos nada mejor que la clásica fórmula de Lincoln: gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Tomando esta fórmula como criterio, encontraremos que las naciones que más se aproximan a esta norma son los países pequeños de Europa, como Suiza, Holanda y los países escandinavos, todos ellos civilizados hace mucho tiempo y con una cultura homogénea y cuyas poblaciones, a causa de su reducido tamaño, pueden mantener un estrecho contacto con las personalidades que eligen para el gobierno; es decir, un contacto suficiente como para conocer, juzgar y controlar. También a causa de su tamaño, estos países son menos significativos para el curso de los hechos mundiales, y así sus preocupaciones se refieren sobre todo a problemas económicos domésticos y bien definidos, que pueden captarse por su gravitación directa en la vida de todos. Ello ilustra el papel fundamental que corresponde al tamaño de la población para el mantenimiento de la democracia y subraya los peligros propios de un crecimiento excesivo de la población.

Además, Estados Unidos ha heredado una difícil situación, específica y funesta. Todas las naciones occidentales importantes han practicado la vergonzosa costumbre del comercio de esclavos, pero todas ellas



han podido liquidar estos vestigios del pasado mediante el colonialismo. Reemplazaron la esclavitud por el colonialismo, que en un sentido superficial es esclavitud colectiva legitimada, externa y remota. Estados Unidos es un caso único, pues nació de una colonia y después de una guerra colonial de liberación. Ello fijó la simiente de una profunda contradicción de principios de la que los Estados Unidos difícilmente han podido librarse. Los Estados Unidos crearon una colonia dentro de una colonia, convirtiendo así la esclavitud en un *colonialismo doméstico*, un colonialismo dentro de sus propias fronteras. El principio básico, constitucional, de la democracia la llevó a una liberación nominal de la población esclava que se convirtió en un grupo compacto y de pleno derecho, con costumbres y aspiraciones propias, un grupo étnico al que, empero, se mantuvo en el mismo estado de miseria y degradación que a todos los pueblos coloniales de cualquier parte del mundo, con la diferencia de hallarse en medio de sus propios amos, no en regiones distantes.

Esta "colonia" no puede ser liberada eliminándola de la estructura de la nación. Los negros, como los demás grupos étnicos, se han convertido en parte de los Estados Unidos. Esta es su patria, a pesar de todo lo que se les ha hecho. No obstante, frente a los movimientos de liberación universales, ya no es posible tranquilizarlos pacíficamente mediante nuevas postergaciones, ni recurriendo a medios subrepticios de supresión o a la "desatención benigna", si no se quiere correr el riesgo de que el fundamento democrático de esta nación resulte totalmente destruido. Según están las cosas, sus pretensiones, justificadas y ásperas, pueden chocar contra todas las tentativas sensatas de reforma, y así amenazan con hacer pedazos la nación.

Ahora bien, consideremos algo más determinadamente nuestra situación y veamos cómo estos enormes cambios han afectado al proceso democrático.

Consideremos el *gobierno*. La Constitución establece controles para una división de los poderes: legislativo, judicial, ejecutivo. No contiene disposiciones para la formación y actividades de los partidos. Sin duda, el desarrollo de partidos es una consecuencia natural del proceso democrático; está plenamente implícito en el mismo. Por consiguiente, los partidos políticos se iniciaron junto con la misma democracia moderna. Pero los partidos crecieron luego junto con la población, y se institucionalizaron en el proceso.

Inevitablemente se desarrolló entonces un cuerpo de funcionarios administrativos de los partidos, el aparato partidario, cuya enorme influencia es suficientemente conocida. Puesto que una parte creciente de la población tiene cada vez menos oportunidades de conocer las personalidades que puede elegir para el gobierno nacional, los funcionarios del partido presentan —y a veces imponen— la designación de candidatos a los afiliados; a causa de la competencia entre los partidos, el carisma y la capacidad para obtener votos de los candidatos tienen primordial importancia, y difícilmente se presta alguna atención a sus capacidades para desempeñarse en el gobierno: perspectiva amplia y conocimiento del mundo, sagacidad, independencia y claridad de espíritu.

Este estado de cosas parece haber sido un resultado inevitable de la expansión de la democracia, pero su posterior desarrollo hasta llegar al sistema de partidos norteamericanos acarrea peligros específicos para el proceso democrático. Hemos visto cómo en las grandes democracias se presentaban dos alternativas extremas: el *sistema multipartidista* sin limitaciones, basado en el pleno control parlamentario de la administración, y el *sistema bipartidista* norteamericano, dogmáticamente protegido, con sus controles y períodos fijos para el ejercicio de los cargos. El sistema de dos partidos tiene ventajas evidentes sobre la excesiva proliferación de partidos —que a menudo nacen sólo por las tercas ambiciones de supuestos líderes— y que ha arruinado la democracia en Francia, Italia y la Alemania de Weimar. El sistema bipartidista da al proceso democrático una protectora estabilidad, que funciona bastante bien en tiempos de relativa calma. En nuestro mundo revolucionario y de rápido cambio, empero, dificulta el ajuste de nuevos desarrollos y concepciones, obstruyendo su expresión manifiesta al aferrarse al statu quo. La democracia europea antes de la Segunda Guerra Mundial, y en parte después, murió por un exceso de flexibilidad. La democracia norteamericana está a punto de morir por su extrema rigidez y formalización.

Los dos partidos gobernantes de los Estados Unidos se han hecho todopoderosos. Están fuertemente atrincherados, y protegidos de cualquier competidor potencial mediante medidas preventivas en diversos estados, tales como que el reconocimiento de un partido nuevo dependa de disponer de una cantidad de afiliados que no pueden alcanzarse en la etapa inicial, y de la aprobación de los fiscales de Estado, que pertenecen a uno u otro de los partidos gobernantes. Los demócratas solían identificarse con tendencias progresistas en lo social, mientras los conservadores defendían el conservadurismo social y económico. Ambos son "partidos paraguas"; incluyen tanto elementos progresistas como reaccionarios. Los progresistas de cada partido se ven obligados a aceptar compromisos perjudiciales y recursos tímidos, tácticos. En lo que se refiere a la política exterior, tenemos de hecho un partido único. La oposición crítica opera dentro de los partidos, pero no entre ellos. Esta situación hace casi imposible la votación de acuerdo con líneas partidarias generales de conducta política.

El surgimiento de un tercer partido con posibilidades de llegar al gobierno, como en Inglaterra, o de una división vertical de los partidos existentes, es evitado mediante las insuperables protecciones de los partidos existentes. Puesto que los períodos de ejercicio en la administración son fijos, y la unidad de los partidos es sacrosanta, las personas conscientes son convertidas en prisioneros temporarios de la administración gobernante, cualesquiera que sean los errores de ésta. En Inglaterra, por ejemplo, después de revelaciones tales como las producidas en las audiencias de la resolución de Tonkin, un primer ministro no podía haber permanecido en el cargo un día más. Desde luego, toda la investigación se hubiera hecho mucho antes, y se podrían haber evitado toda la sangre, afanes y sufrimientos, todas las influencias perniciosas posteriores de un régimen irresponsable. Los norteamericanos, sin embargo, deben esperar por lo



menos hasta que termine el período de cuatro años, y es probable que en ese entonces la mayor parte de la gente haya olvidado preguntar cómo sucedió todo y se haya visto llevada aun más a una situación que “debemos aceptar, ahora que estamos en ella”. Esta situación malsana, frustrante, impide que el cambio se exprese en el momento adecuado y mediante canales regulares, produciendo el estancamiento del proceso democrático.

En consecuencia, la competencia entre los dos partidos se ha vaciado de contenido y degradado hasta convertirse en enfrentamiento funcional, como el de los Cardinals y los Mets. El sistema bipartidista estaba destinado en principio a ser un medio de control mutuo, a ser parte del sistema general de controles. Sin embargo, puesto que los puntos débiles y los errores pueden encontrarse en todas partes, cualquier campaña electoral tiende a degenerar en un equilibrio de abusos.

Suele sostenerse con frecuencia que una división de partidos basada en las actitudes y orientaciones generales no se adecuaría a la complejidad de las condiciones norteamericanas. Sin embargo, en realidad, esta misma complejidad, esta creciente y siempre cambiante complejidad, ha llegado hasta el punto de hacer explotar las vacías cápsulas de los partidos. En los últimos tiempos, el conflicto entre “palomas” (*doves*) y “halcones” (*hawks*), o entre “blandos” y “duros”, dividió interiormente a los partidos oficiales y, paradójicamente, estos partidos oficiosos a veces estuvieron unidos en su oposición a la administración del partido gobernante.

Otra práctica cuyo efecto es degenerar el proceso democrático al impedir el cambio es el sistema de antigüedad prevaleciente en las comisiones del Congreso. Este sistema favorece a los políticos establecidos, mayores, a menudo segregacionistas e impide llegar al liderazgo a sus rivales más jóvenes. Esto es sumamente perjudicial en el caso de la Comisión de Normas, que puede permitir o negar el acceso a las cámaras de cualquier legislación propuesta, y constituye así un poder usurpado. Como observó Duane Lockard en *Nation*:

(...) quienes vigilan la entrada no son elegidos mediante algún acto manifiesto de los partidos políticos (...) y, desde luego, ni siquiera por los miembros del Congreso. Son elegidos por el azar (y ni siquiera por el azar, sino por la cómoda seguridad que da la reelección perpetua) del Sistema de Antigüedad (...). La aceptación de esta dispersión de la autoridad por parte del público es un hecho (...). La gran mayoría (del pueblo) no tiene sentimientos definidos en uno u otro sentido, por la simple razón de que no se le permite evaluar la actuación del Congreso o de cualquiera de las demás instituciones importantes del gobierno.<sup>1</sup>

Todo esto refleja el hecho de que la gente presta cada vez menos atención al gobierno, y confía resignadamente en los *expertos técnicos* a cau-

<sup>1</sup> *Nation*, marzo 24 de 1962.

sa de que se siente incapaz de enfrentar las pasmosas complicaciones de las condiciones actuales. La situación moderna requiere una *democracia activa*, una creciente participación popular en el gobierno que se extienda de manera irresistible; pero tanto el pueblo como la mayoría del Congreso todavía está orientado hacia la *democracia defensiva*; es decir, la limitación de la administración pública, así como de la atención que el pueblo presta a su control.

Como resultado de este estado de cosas, la vida política de la nación ha abandonado los canales constitucionales de la democracia. El proceso legal de la democracia se mueve pesadamente, y la orientación de las cuestiones fundamentales para la nación es dejada en manos de influencias incontrolables y tendencias ocultas. La determinación política ha pasado a las autoridades que cumplen funciones diferentes desde un punto de vista constitucional (como los tribunales que manejan la cuestión racial, mientras la iniciativa en asuntos de legislación proviene del gobierno y no del Congreso) o a fuerzas partidistas o funcionales completamente ilegítimas: camarillas, todo tipo de grupos de presión, organismos administrativos como el Pentágono, junto con los intereses de corporaciones industriales y los millones de personas que están a su servicio (el “complejo” de Eisenhower, que sin duda se ha extendido hasta convertirse en un complejo militar, industrial y sindical), la AEC, la CIA, el FBI, la AAM, la AMA, etcétera. Estos se han convertido en los factores decisivos para los asuntos públicos.

En las etapas iniciales de la democracia norteamericana, los integrantes del Congreso debían representar los intereses comunes de la nación, y en una comunidad pequeña con una población bastante homogénea, los intereses de los grupos particulares, a pesar de la divergencia de los intereses agrarios y empresarios, aún se adecuaban a los del conjunto de la nación. Hoy en día, la inmensa dispersión, variedad y especialización de intereses de grupos regionales y ocupacionales hace que para los miembros del Congreso resulte casi imposible atender al mismo tiempo las preocupaciones dominantes de sus electores y los verdaderos intereses de la nación, que en la mayor parte de los casos se oponen a los intereses inmediatos de los grupos parciales, y que “la gente de su casa” no está preparada para defender y cuidar. Se necesitan un valor y una capacidad de sacrificio excepcionales para representar a la nación, e incluso al conjunto de la humanidad, en contra del propio distrito; hay en el Congreso muy pocos hombres capaces de poner en peligro sus carreras políticas, y por lo común no sobreviven a la elección siguiente.

En este contexto, la mayor parte de los integrantes del Congreso están constantemente preocupados por la reelección. Desde el momento en que un representante es elegido, comienza a luchar por la reelección. Apenas dispone de un año para consagrarse sin trabas a sus deberes de gobierno. En su segundo año, una vez más año de elecciones, todas sus acciones están destinadas a conseguir votos. Cada vez más, con excepciones memorables, un miembro del Congreso parece ser elegido con el propósito principal de ser reelegido.



Los cambios en la estructura del gobierno producidos desde la promulgación de la Constitución corresponden a cambios en la estructura de la *población*, que son aun más fundamentales. De hecho, los cambios en el gobierno y los cambios en la población constituyen un proceso de interacción y así deben ser vistos.

Hasta el fin del siglo XIX el público estaba compuesto por “decididos individualistas” que se ocupaban de sus asuntos personales. (La tendencia colectivista, empero, fue observada incluso por Tocqueville en 1840, durante un período que no estaba técnicamente maduro para ella.) Libre empresa significaba empresa personal, libertad del individuo humano. Hoy en día, el público está compuesto por asociaciones colectivas múltiples e innumerables —corporaciones, sindicatos, asociaciones, organizaciones, burocracias— y por grupos económicos, profesionales, administrativos, académicos y científicos. En consecuencia, los intereses personales del público en general *coinciden con los intereses de las asociaciones colectivas* a las que pertenecen y de las cuales dependen. Los puntos de vista y los propósitos son cada vez menos personas; son dirigidos por las asociaciones colectivas.

En el torbellino cotidiano de nuestra sociedad de masas, bajo la influencia de una corriente ininterrumpida de noticias exageradas, ofertas, exhibiciones, invenciones y nuevos hallazgos, las personas son incapaces de formar opiniones razonadas estables. De este modo, en la medida en que no siguen las líneas de sus grupos de interés especializados —aquellos a los que mejor pueden comprender y juzgar a partir de su experiencia— *adoptan el material predigerido de nuestros periódicos, diarios y comentaristas, que en gran medida están coordinados*. Apenas disponen de tiempo y energías para la reflexión ponderada y para obtener una información completa. Nuestro enorme sistema de comunicación masiva, con esos paneles de expertos que dejan correr montones de información difusa, es incapaz de transmitir una imagen correcta y organizada de los problemas y sus antecedentes. Todo esto es excesivo y no resulta suficiente; en lugar de resolver la confusión, la incrementa. Aun las discusiones entre estudiosos pocas veces producen mayor claridad; después de una reunión, uno de ellos observó: “Todavía estamos confundidos, pero en un nivel superior”.

Lo que es peor, la verdad fáctica está sumergida en un *adoctrinamiento* más o menos palpable. No tenemos una prensa de oposición coherente y crítica que tenga una distribución amplia. ¿Cuántas personas leen *Nation*, *New Republic*, *Progressive* o *I. F. Stone's Bi-Weekly*, para no hablar de los periódicos extranjeros? ¿quién se toma el trabajo de leer el *Congressional Record* para conocer los ocasionales discursos de la oposición, pronunciados en cámaras vacías? Los periódicos, también con excepciones notables como *The New York Times*, son un coro, que se hace eco de las versiones oficiales con variaciones ligeras, amables. Los periodistas y comentaristas concienzudos, como Walter Lippmann, son escasos. La dependencia de las redes de radio y TV respecto de los patro-

cinadores comerciales, y la consecuente cautela de los productores de programas, son de conocimiento público.

*La democracia es un proceso bidireccional*. La orientación en la forma de una información completa y coherente debe llegar al público con la finalidad de que éste pueda desarrollar opiniones válidas. Es inútil sondear a la gente respecto de cuestiones sobre las cuales nunca ha razonado adecuadamente. Las respuestas serán reacciones fortuitas y emocionales, o lugares comunes. Aquello a lo que se da el nombre de opinión pública a menudo es lo que el gobierno y las asociaciones colectivas —ya sea de modo directo o indirecto, mediante su influencia sobre el gobierno, la prensa y los medios de comunicación de masas— han publicitado, y lo que luego, a su vez, la Administración toma en cuenta en su conducta política.

Hoy en día nos hallamos en una encrucijada donde el bienestar de la nación, y por cierto de la humanidad, con frecuencia se opone a los requerimientos de los grupos particulares; de este modo, es forzoso que requiera sacrificios de ellos. Lo peor es que estas demandas son determinadas por complejas interrelaciones globales, que no resultan inmediatamente evidentes y que sólo pueden describirse mediante una amplia información.

Estas circunstancias exigen que el presidente sea un hombre con un amplio conocimiento de las corrientes sociales, psicológicas e intelectuales de nuestra época, un hombre de un espíritu firmemente independiente y capaz de formarse conceptos y convicciones, siendo también lo bastante flexible como para aprender de la experiencia; un hombre que haya viajado mucho por países extranjeros y no sólo en viajes de “buena voluntad”; que esté lo bastante familiarizado con pueblos extranjeros, con sus condiciones y aspiraciones, como para tener una perspectiva amplia del mundo, no trabada por la propaganda.

Para sintetizar: la situación interna de los Estados Unidos nos muestra *la peligrosa brecha que se ha desarrollado, y se amplía, entre pueblo y gobierno*. No es algo semejante a la habitual “brecha generacional”, que siempre aparece entre los jóvenes y sus mayores. (Sin duda, los jóvenes sienten más rápido y profundamente tanto los defectos de un sistema inveterado como las hipocresías mediante las cuales el gobierno trata de ocultarlo puesto que ello representa una cuestión de vida o muerte para su propio futuro.) La brecha en que pienso es una brecha *constitucional*, mucho más profunda y que ya no puede cubrirse mediante reformas particulares, aun cuando el público esté preparado para aceptar de algún modo reformas radicales.

La determinación de la política ha abandonado los canales constitucionales de la democracia. Las relaciones entre pueblo y gobierno están formalizadas, y el poder real del Congreso se halla paralizado entre las desordenadas demandas de asociaciones colectivas provenientes de abajo y las descontroladas presiones de grupos de poder, provenientes de arriba. Para complicar las cosas, se ha creado una brecha aún peor entre la capacidad perceptiva del hombre común y las complejidades técnicas y globales de los problemas que encuentra cuando trata de hacer frente



a la presión de decisiones urgentes, a las que, para que resulten beneficiosas, es necesario tomarlas no de acuerdo con preferencias o compromisos particulares sino en función del bienestar del conjunto de la nación.

Como veremos más adelante, la incapacidad del pesado y anacrónico aparato del viejo sistema democrático de pronto se ha hecho evidente por el despertar de la conciencia de la humanidad ante el sobrecogedor y mundial problema de la polución con sus inmensas consecuencias y ramificaciones; la funesta situación del ambiente natural del hombre tiene una gravedad que sobrepasa con mucho a la de todos los problemas específicos de las naciones e ideologías individuales. Para enfrentarnos con los problemas mundiales, primero debemos ocuparnos del “interés nacional”, el concepto crucial del cual dependen las políticas y conflictos de las naciones.

El “interés nacional” nunca fue definido, ni siquiera en el derecho internacional. Al igual que muchas otras expresiones fundamentales, como por ejemplo “agresión” y “defensa”, ha quedado cómodamente abierta a la interpretación casuística, adaptable a todos los tipos de propósitos nacionales y privadamente usurpados. La expresión puede extenderse hasta abarcar la pretensión del “Lebensraum”, como en el Tercer Reich y Japón; desde luego, en los Estados Unidos se lo ha ampliado hasta llegar por lo menos a 10.000 millas del territorio. De modo más funesto, empero, este concepto es aplicado como la base legítima del gobierno. Sin embargo, hoy nos enfrentamos de pronto con un interés universal que entra en conflicto con el “interés nacional”.

En la actualidad, incluso bajo una dictadura, toda persona tiene una participación ineludible en la dirección de los asuntos nacionales. Lo quiera o no, es un cómplice de su gobierno. El comportamiento temerario en “asuntos internacionales” halla respuesta no sólo en la generalización de la violencia delictiva en las calles, y en los estallidos de desalentados ciudadanos que protestan, sino en los grupos cívicos que han abandonado toda responsabilidad pública; médicos que, olvidados de su Juramento Hipocrático y apoyados por la AMA, dejan los hospitales sin atención; huelgas del personal hospitalario, los bomberos, los recolectores de residuos, los enterradores. Una huelga nacional de correos; como manifestación de abierta desconfianza y desafío ante el gobierno, amenazó con provocar un caos como antes sólo se había presentado en la escena internacional. Incluso parecieran surgir las primeras manifestaciones de una guerra de guerrillas nacional. *Todo esto significa la ruptura de las antiguas fronteras entre los asuntos nacionales y exteriores, que ahora aparecen tan ligados entre sí.*

Todas las naciones, incluso las más poderosas, están inextricablemente ligadas en un mundo que *combina la unidad técnica con una anarquía política sin precedentes*, sin precedentes precisamente por la subyacente y no reconocida unidad técnica que está en conflicto con su anarquía política. No existe una autoridad superior capaz de conservar dentro de límites los “intereses nacionales” discordantes en los terrenos política,

económico e ideológico. Por otra parte, ya no resulta posible el descompromiso de una nación respecto del resto del mundo.

Otros factores, de consecuencias aún mayores, rompen las barreras que separan las políticas doméstica y exterior. Las *fuerzas económicas transnacionales* y las corporaciones gigantes determinan nuestra política en todas partes, y sus intereses aliados, aunque a veces rivalizan, abarcan la mitad del globo. La Standard Oil Corporation de Nueva Jersey, cuyo capital en los Estados Unidos llegaba a los 11.500 billones de dólares a principios de la década de 1960, vendía sus productos en más de un centenar de países y poseía el 50 % o más de las acciones de 275 subsidiarias en 52 países. Pueden citarse cifras semejantes respecto de las corporaciones que trabajan con el acero, el caucho, el aluminio, los productos químicos y otras mercancías; superan con mucho la renta nacional bruta de más de la mitad de las naciones-estado existentes. La influencia de estas empresas en la determinación de las políticas nacionales es notable. No se necesita ser marxista para comprender que la Cuban Sugar Export Corporation tuvo mucho que ver con la política norteamericana ante el régimen de Batista y el de su sucesor, que la Union Minière y la British Petrol tuvieron una considerable importancia en la crisis del Congo, y que Anderson Clayton y la United Fruit no estaban totalmente desinteresados por lo que sucedió en Guatemala y en Brasil. De hecho, el embajador norteamericano en Guatemala se jactaba manifiestamente de haber derrocado al régimen progresista de ese país. No es necesario subrayar que la CIA es el precursor clandestino de estas fuerzas que hacen estragos de los conceptos de “soberanía nacional” e “interés nacional”.

Esta intervención de las empresas extranjeras, sobre las cuales los pueblos de las distintas naciones no ejercen control alguno, tiene las más graves consecuencias. Pues los delitos cometidos por estas fuerzas transnacionales inescrupulosas —sus guerras e intervenciones desenfrenadas, atroces— son apoyadas en nombre del pueblo por gobiernos nacionales que las presentan a su población como necesarias para proteger el interés nacional, cuando de hecho “interés nacional” significa intereses privados.

Todo esto ocurre mientras problemas de suma urgencia, supranacionales, supra-ideológicos, amenazan la misma existencia de toda la humanidad, requiriendo la acción inmediata y la cooperación internacional. El más urgente de estos problemas es la rápidamente creciente *superpoblación de nuestro planeta*, un problema que ya casi es demasiado tarde para resolver; y no sólo se trata de una superpoblación de personas, sino también —como consecuencia de la incesante necesidad que tienen todas estas personas de hacer dinero— de la proliferación y aceleración del desarrollo tecnológico; es una masificación casi instantánea de todo: objetos, procedimientos, proyectos, todo el desecho residual de la vida, incluidas las extravagancias.

En medio de este estado sumamente crítico de nuestro mundo ha surgido ese hecho revolucionario que ya mencioné; la emancipación



totalmente inesperada de los pueblos coloniales que, creando una multitud de nuevas naciones cuasi-independientes, volvió obsoleta la estructura de la ONU y señaló un nuevo clima de democracia internacional. En la actualidad, este desarrollo ha incrementado la anarquía prevaleciente y complicado todos los problemas internacionales.

Muchas naciones de Asia, Africa y América latina luchan ahora contra dificultades insuperables; nunca serán capaces de alcanzar sin ayuda la prosperidad y la plena independencia. Con todo, mientras la población crece, la ayuda externa —mínima en relación con las colosales necesidades— pocas veces pasa de las camarillas gobernantes para llegar hasta el pueblo; en cualquier caso, es en su mayor parte militar y supone cadenas políticas.

Y ahora, cuando la anarquía se difunde por todo el mundo, nuevas fuentes de conflicto se presentan claramente ante nuestros ojos; la carrera armamentista comienza una nueva ronda con la producción de ABM y MIRV; se busca la supresión, que significa perpetuación, de las guerras civiles de liberación, y la Organización de las Naciones Unidas; nuestra primera y débil tentativa de instituir un orden pacífico mundial, es arbitrariamente pasada por alto o mal usada por los poderes importantes.

Para evitar semejante catástrofe, necesitamos un programa mundial contra la pobreza, una concentración de ayuda y, desde luego, compartir los recursos entre todas las naciones. ¿Qué organismo, si no es una asociación mundial, sería capaz de organizar y administrar esa ayuda común? Los gobiernos nacionales nunca estarán preparados para hacerlo; ni los gobiernos capitalistas, elegidos para promover sus “intereses nacionales” a expensas de los demás, ni los países gobernados por soviets, encogidos por el mantenimiento despótico de la ortodoxia grupal. Pero ¿cómo puede esperarse que un público no informado, con una información que de hecho está ideológicamente deformada, que en el mejor de los casos es apático, pueda comprender que hoy el verdadero interés nacional, y cualquier interés partidista, es idéntico a los intereses del conjunto de la humanidad?

Llegamos aquí al punto fundamental, o más bien al círculo vicioso fundamental. Sólo cuando 1) en los campos opuestos se tome conciencia de los peligros que amenazan a todos, y 2) una intensa ansiedad compartida produzca el sentimiento necesario de solidaridad humana, sólo entonces tendremos probabilidades de establecer una organización mundial efectiva, equipada de un fuerte poder ejecutivo judicial, y con las armas nucleares bajo su custodia permanente.

Este dilema en que estamos atrapados hace muy evidente la vinculación entre una democracia nacional y una incipiente democracia mundial. Pues una genuina democracia interna —una regla de legalidad, igualdad y justicia para todos, tal como la proyectada en la Constitución de los Estados Unidos— no puede sostenerse en un mundo de anarquía, desordenado y descuidado. Todo el mundo está presente en todas partes, en todo momento. La cortina ha desaparecido, y la violencia, las intrigas

y la corrupción que acompañan a la lucha por el poder en el plano internacional desintegran el orden nacional.

No me hago ilusiones respecto de las perspectivas de proyectos semi-utópicos. Puede considerárselos solamente dentro del enfoque de lo que Gunnar Myrdal llama “el coraje de la desesperanza”. Y sin embargo, no tenemos alternativa. Tomados en conjunto, ellos constituyen el único e ineluctable desafío de nuestro tiempo, y el propósito de esta reseña aproximativa de nuestras circunstancias paradójicas fue mostrar la amplitud y las dimensiones de estas circunstancias.

Depositamos nuestras esperanzas en los jóvenes, que vagamente sienten que hay algo profundamente equivocado en nuestra civilización. En marzo de 1969, el doctor George Wald, un biólogo de Harvard, en una alocución memorable dio expresión a esta causa común, subrayando la inquietud sin dirección definida de los jóvenes de nuestro tiempo. Ellos sienten que se les está escamoteando no sólo su juventud, su presente, sino también, por primera vez en la historia, *todo su futuro imaginable, incluida la posteridad*. No parece haberseles dejado ninguna meta posible, ningún propósito humano común, aun más allá de sus propias vidas.

“Vamos camino del exterminio”, dice otro gran biólogo, el doctor Albert Szent-Gyorgyi. “La sociedad norteamericana está orientada hacia la muerte [...]. Todas nuestras ideas están orientadas hacia la muerte [...]. De acuerdo con científicos muy respetables”, agrega, “las probabilidades de supervivencia del hombre están disminuyendo en un 50 %, y a fines de siglo se encontrarán por debajo de esa cifra”. ¿Por qué, entonces, debe sorprendernos que los jóvenes hayan comenzado a efectuar la previsible destrucción que el mundo adulto de cualquier modo había reservado para ellos?

Ellos tienen, empero, un último camino para salvar su propio futuro y el de la humanidad: *una tentativa última de unificación*. Lo que no pueden lograr grupos dispersos con propósitos desperdigados puede ser alcanzado por fuerzas unificadas, creando un movimiento juvenil unido, un fuerte movimiento internacional de jóvenes, más allá de las fronteras ideológicas o parroquiales. El requisito de semejante empresa sería dejar de lado, aunque sólo fuera de modo provisorio, las diferencias menores de opinión, conservando una perpetua y firme conciencia de una tarea superior, y de los peligros de las destructoras divisiones. También sería necesario olvidar todos los modelos anteriores, y comenzar a reflexionar nuevamente en todas las cosas, a construir un nuevo socialismo actualizado a partir de nuestras circunstancias actuales y de nuestras necesidades más apremiantes.

Este movimiento debería negarse a servir de pararrayos destinado a desviar los impulsos revolucionarios de los jóvenes. No debería aceptar que el viejo orden le asigne la tarea de concentrar sus energías en la lucha contra la polución, como si ésta pudiera aislarse del resto de la gigantesca tarea. Debería insistir en hacerse cargo de toda la misión revolucionaria, ejerciendo una constante auto-disciplina, renunciando a la vio-



lencia, buscando una completa información empírica, persiguiendo de modo paciente, sobrio y sistemático las diversas metas salvadoras y coordinación. Debería esforzarse por evitar la consumada deshumanización que significa reducir a un cómputo toda nuestra vida. Lo que debe inspirar es el orgullo de la terrible responsabilidad que cae sobre sus hombros, y en la única y singular alegría de permanecer intensa activa e indeciblemente vivos.

## CAPÍTULO XVIII

### 10<sup>o</sup> POR MILLA CUADRADA

*Isaac Asimov*

Alrededor del 2550 después de C., es decir, dentro de menos de seis siglos, la densidad de la población de la Tierra será de 100.000 almas por milla cuadrada. En otras palabras, si en el año 2550 toda la población de la Tierra estuviera parejamente distribuida en todos los continentes, incluido el Sahara, el Himalaya y la Antártida, tanto como en el fondo (o la superficie) de todos los océanos, todo punto de la Tierra estaría tan atestado como lo está hoy Manhattan a la hora del almuerzo.

En *La revolución de la esperanza*, Erich Fromm presenta otra imagen (también capaz de infundir terror) de una sociedad por completo mecanizada, en la cual “el hombre mismo es convertido en parte de la máquina total, bien alimentado y entretenido, aunque pasivo, desprovisto de vitalidad y con escasos sentimientos”. Eso es algo contra lo que debemos luchar decididamente, pues sin duda no puede aceptarse la deshumanización del hombre.

¿Es ésta la única crisis inminente que enfrentamos?

¿No será el peligro de que el hombre se deshumanice menos inmediato que el de que la Tierra se encuentre atestado de demasiada humanidad?

Para comprender lo que quiero decir, situemos la actualidad en el contexto del gran movimiento de la historia humana.

En su más amplio sentido, la historia humana podría dividirse en: 1) el hombre cazador, 2) el hombre agricultor y 3) el hombre productor de energía.

En los orígenes, cuando las primeras criaturas a las que llamamos homínidos se desarrollaron en Africa hace alrededor de dos millones de años, el resultado no era muy impresionante. Los tempranos homínidos eran recolectores de alimentos, y se alimentaban de carroña. Eran pocos y no encerraban muchas más promesas de éxito que el gorila actual.

La inteligencia, en sí misma, no parece tener mucho valor para la supervivencia, por lo menos no tanto como lo tiene, a largo plazo, la mera fecundidad como para hacer invenciones para controlar el ambiente y, al parecer, es lo que les permitió pasar el umbral crítico y entrar en el sendero que llevó a la actual unicidad del hombre.

El descubrimiento del pedernal y los métodos para manejarlo, la técnica para encender el fuego, la invención de la lanza y el arco y flecha,